

Domingo de Ramos + Semana Santa

Isaías 50, 4-17 Filipenses, 6-1-1 Lucas 19, 28-40 Lucas 22, 14-23, 56

“¡Bendito el que viene como rey, en nombre del Señor! Paz en el cielo y gloria en lo alto”

28 Marzo 2010 P. Carlos Padilla Esteban

“DIOS MÍO, DIOS MÍO, ¿POR QUÉ ME HAS ABANDONADO?”

Quería hoy comenzar con una frase de Albert Einstein: *"Si un día tienes que elegir entre el mundo y el amor, Recuerda: Si eliges el mundo quedarás sin amor, pero si eliges el amor, con él conquistarás al mundo"*. Y es que la Semana que hoy comienza es la Semana del AMOR con mayúsculas, del amor que no se rinde, del amor que se da por entero. No queremos elegir en estos días ese mundo que se hace pegajoso y no nos deja aspirar a las cumbres más altas. Queremos repetir las palabras que llenaban el corazón de la **Madre Teresa:** *"Jesús es todo para mí. Jesús, yo lo amo con todo mi corazón, con todo mi ser. Le he dado todo, incluso mis pecados y Él se ha depositado conmigo con ternura y amor"*¹. Así comenzamos hoy el domingo de Ramos. Así caminamos reconociendo al Dios de nuestra vida. **Sí, queremos elegir el amor y que ese amor de Dios conquiste el mundo para Él. Pero, para ser sinceros, ¿Qué solemos elegir en nuestro día a día? ¿No es cierto que elegimos el mundo?**

Me llama la atención que muchas personas no suelen disfrutar la Semana Santa como una verdadera fiesta. El otro día me hacían ver que participar en los oficios no era precepto. Es curioso. Se trata de la fiesta central del cristianismo y pensamos que podemos eludir la participación en los oficios. ¡Qué pena! Nada resulta más maravilloso que recorrer cada día de esta semana empapándonos del espíritu junto a María y al Señor. Y todo comienza el **domingo de Ramos**. Comenzar así la Semana Santa supone echar nuestra vida a los pies del Señor y cantar al Rey que llega: *"Según iba avanzando, la gente alfombraba el camino con los mantos. Y, cuando se acercaba ya la bajada del monte de los Olivos, la masa de los discípulos, entusiasmados, se pusieron a alabar a Dios a gritos, por todos los milagros que habían visto, diciendo: "¡Bendito el que viene como rey, en nombre del Señor! Paz en el cielo y gloria en lo alto."* Lucas 19, 28-40. **Es la actitud del primer día de nuestra Semana.**

La Semana Santa es un camino, una experiencia de Dios, que no podemos dejar de vivir con toda la intensidad que podamos. Cuenta Lucas: *"En aquel tiempo, Jesús echó a andar delante, subiendo hacia Jerusalén"*. Los primeros días, lunes, martes y miércoles, son la preparación de lo que está a punto de suceder. Imaginamos a Jesús en Jerusalén, con todos los preparativos de la Pascua. En su corazón de Pastor ya reinaría la inquietud de saber que algo importante estaba a punto de suceder. Uno no puede pensar que el miedo de Getsemaní es un momento puntual. ¡Cuánto tiempo antes, cuántos meses viviría Jesús la angustia ante lo que parecía el desenlace final! No nos podemos ni imaginar su dolor, su angustia, sus miedos. Sin embargo, en esos días previos, todavía resonarían en su corazón los gritos y las alabanzas del domingo. Extraña paradoja. Aquellos que le aclaman el domingo, van a conducirlo a la crucifixión días más tarde. ¡Qué pronto cambian las cosas en la vida! Un día somos aclamados y venerados, días más tarde olvidados o condenados. *¿De qué sirve esa fama humana tan fugaz y engañosa? ¿Qué es la gloria que pasa y nos deja vacíos?* Jesús fue aclamado como un rey y poco después

¹ MADRE TERESA, *Ven, sé mi luz*, 368

asesinado como un bandido. Los gritos de alabanza cambian de la noche al día. Y a nosotros nos gusta tanto la alabanza que recorreremos la vida mendigando gotas de éxito. Como me decía una persona el otro día: *"A mí no me basta que me paguen por lo que hago. Si no me dicen que está muy bien y que les gusta mucho, es como si no hubiera hecho nada bien"*. La alabanza que enaltece y eleva, el reconocimiento que necesitamos para sobrevivir. ¡Qué frágiles somos! Cuando todo es tan fugaz que con el tiempo pasa al olvido. **Decía Rojas Marcos:** *"Nos exigimos ser felices y exitosos, si no lo conseguimos nos frustramos y recurrimos a antidepresivos, viagra o cocaína"*. No aprendemos. **Y eso que sabemos que el éxito y el fracaso con caras de una misma moneda, que queda caduca con el paso de los días.**

Así fueron pasando los días esa Semana Santa. Y llegó, sin darse uno casi cuenta, el Jueves Santo. Reconozco que me emociona vivir ese día con intensidad. Sin duda porque es el día del sacerdocio y veo en él la gracia de saberme amado profundamente por Dios en mi miseria. Es el día en el que el Señor busca un lugar donde celebrar la Pascua y el Cenáculo pasa a ser desde ese momento el lugar de gracias en el que Dios se hace carne: *"Al entrar en la ciudad encontraréis a un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidle hasta la casa donde entre y decidle al dueño de la casa: 'El Maestro pregunta: ¿Cuál es la sala donde he de comer con mis discípulos la cena de Pascua?' Él os mostrará en el piso alto una habitación grande y arreglada: preparad allí la cena"*. Entre esas cuatro paredes, que se conservan en Jerusalén, ocurrió el misterio que hoy nos da vida cada día. Allí se reunió con los suyos, con los que más amaba. Isaías nos muestra el rostro de Jesús: *"Mi Señor me ha dado una lengua de iniciado, para saber decir al abatido una palabra de aliento. Cada mañana me espabila el oído, para que escuche como los iniciados. El Señor me abrió el oído"*. Jesús amó a los suyos con locura y fue su padre y hermano. Los acompañó, los cuidó como su rebaño único y los alentó en los momentos de duda. Y ahora, cuando todo parece llegar a su fin, no se separa de ellos, quiere preparar su última cena. **Los preparativos para una noche así, son como los que anteceden esos momentos en los que Dios se manifiesta y nos cambia la vida.**

Mi corazón se emociona al pensar en aquella cena. Sus más amigos, los elegidos y llamados en oración. Aquellos que perdían su vida sin encontrar un sentido, hasta que se enamoraron de un hombre, de aquel que tenía una autoridad nueva. Ese hombre era como ellos, sufría con ellos, los amaba y les daba palabras en las que creer. Lo dice la carta a los **Filipenses:** *"Cristo, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así, actuando como un hombre cual quiera- y se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo levantó sobre todo y le concedió el «Nombre-sobre-todo-nombre»; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo, y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre"*. Filipenses, 6-1-1. Aquel que se rebajó y tomó nuestra condición menos en el pecado, se acercó a los que sufrían y cargaban con su pecado. Vivió con ellos y con ellos aprendió a amar, a entregar su vida, a mostrarles el rostro misericordioso de Dios. En la cena estaban todos, incluido aquel que iba a traicionarlo: *"Pero mirad, la mano del que me va a traicionar está aquí, con la mía, sobre la mesa"*. Cristo no rechazó su debilidad, comió con él, compartió todo con él, le tendió siempre su mano. Tal vez esperaba su conversión en un último segundo. Porque la debilidad de Judas podía haber sido su mismo camino de salvación. Pero él se negó a escuchar a Dios, no quiso reconocerse necesitado, pensó que él podía controlar y manejar su vida sin Dios. Y fracasó. Su fracaso más absoluto no fue caer entregando a Jesús. Su mayor fracaso, el más terrible, fue no haber sabido llorar y suplicar perdón. Su mayor equivocación fue haber pensado que no merecía el abrazo del Padre. **No fue capaz de pedir perdón y la desesperación llenó su corazón herido.**

Celebrar la última cena con Jesús es participar en el misterio más grande de su amor. Es un amor que se hace sangre y carne, que se hace lavado de pies, que se hace

humillación y debilidad entregada a Dios: *“Tomad esto y repartidlo entre vosotros”; “Esto es mi cuerpo, entregado a la muerte en favor vuestro”*. Estas palabras repetidas cada eucaristía nos recuerdan que estamos hechos para el amor sin medida, para la entrega que nada exige y nada se guarda, para el amor que todo lo sana. Su vida entregada para ser consumida, su cuerpo abierto y su sangre derramada. ¡Qué difícil entender el amor de esta manera! Estamos acostumbrados a otros tipos de amor. Nos entregamos con cuidado y exigimos como respuesta la misma entrega. No sabemos amar dándolo todo. Por eso el pan, que es su cuerpo, cada vez que el sacerdote lo parte, se convierte en la vida entregada para siempre y nosotros, al recibirlo, nos hacemos carne de su carne. Nos hacemos pan partido, vida entregada. *¿Cómo lograremos amar como Él nos ama?*

Su amor se hace servicio y su vida no es comprendida. Es necesario caminar hacia el Monte de los Olivos para empezar a comprender lo incomprensible. De rodillas, ante el cáliz que ha de beber, el Señor sudó sangre: *“Padre, si quieres, líbrame de esta copa amarga; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya. En esto se le apareció un ángel del cielo, que le daba fuerzas. En medio de un gran sufrimiento, Jesús oraba aún más intensamente, y el sudor le caía al suelo como grandes gotas de sangre”*. La oración de Getsemaní nos conmueve. Jesús se confronta con su debilidad humana. El corazón humano rechaza la cruz de forma instintiva. Lo sabemos, nuestro corazón se rebela ante el sufrimiento. En Getsemaní no hay luz y, sin embargo, en medio de la noche hay esperanza. Un ángel conforta entre los olivos. El ángel sostiene y levanta. Beber el cáliz es la expresión que muestra el sentido de nuestra vida. A veces bebemos del cáliz en la eucaristía y estamos representando con ello el mismo deseo: queremos beber del cáliz del que Cristo bebió, queremos unirnos a su corazón crucificado, queremos caminar en Él hasta el Calvario. Pero nos resistimos. Dice Isaías: *“Y yo no resistí ni me eché atrás: ofrecí la espalda a los que me apaleaban, las mejillas a los que mesaban mi barba; no me tapé el rostro ante ultrajes ni salivazos. El Señor me ayuda, por eso no sentía los ultrajes; por eso endurecí el rostro como pedernal, sabiendo que no quedaría defraudado”*. Isaías 50, 4-17. El pobre de Yahveh, el hijo del Padre, acepta en su dolor el plan de Dios, el camino trazado. Nos recuerda su sí a la actitud de los mártires poco antes de experimentar la cruz del martirio. **S. Rodrigo, cuando el juez trata de persuadirle para que rechace a Cristo, le dice:** *“Haz propuestas como éstas a quienes buscan su felicidad en este mundo y nada esperan de la vida eterna. Nosotros vivimos en Cristo y nuestra mejor ganancia es morir por Él”*. Cristo ama el mundo pero sabe que su reino no es de este mundo. **Sabe cuál es el camino y lo acoge con todo su corazón de Pastor.**

¡Cuánto cuesta tomar la cruz de Cristo y caminar hacia el Calvario! El corazón se rebela ante el dolor: Las palabras de la **Madre Teresa** expresan bien el dolor del alma cuando padece la muerte y la cruz: *“Dios mío, ¡qué doloroso es este dolor desconocido!”*. La cruz nos parece el camino más difícil de recorrer. Y continúa la **Madre Teresa:** *“La voluntad del Padre era esa terrible soledad en el Huerto, en la cruz. Estaba completamente solo. Si somos discípulos de Jesús, también nosotras debemos experimentar la soledad de Cristo. Él sudó sangre. Para Él fue muy difícil sufrir la humillación de su Pasión”*². Nos cuesta mucho la soledad del huerto de los olivos: *“¿Por qué dormís? Levantaos y orad, para que no caigáis en tentación”*. Los discípulos no acompañan. Nos cuesta esa falta de fidelidad, de cercanía y cariño de los más suyos. En la noche del jueves al viernes acompañamos a Jesús que es entregado con un beso de amigo: *“Judas, ¿con un beso traicionas al Hijo del hombre?”* Acompañamos al que no es acompañado, al que es entregado con un simple beso. Pero nuestros ojos también tienden a cerrarse. Nos sabemos débiles. Acompañamos esa soledad absoluta del abandono. Muchas veces experimentaremos en nuestra vida esta soledad ante el dolor. Los gritos del domingo de Ramos se han extinguido. Antes todos lo querían tocar y seguir, en esta noche nadie quiere ser reconocido como amigo suyo: *“Mujer, yo no le*

² MADRE TERESA, *Ven, sé mi luz*, 352

conozco”, niega Pedro. **El corazón teme la muerte y ante el peligro se esconde.**

Es una noche de soledad hasta la crucifixión. De mentiras y acusaciones falsas, de latigazos y coronas de espinas. Cuesta recomponer los hechos de esa noche aciaga. Cuesta relatar la historia de forma precisa. Cuando uno se coloca en lo profundo del calabozo en el que Jesús pasó esa noche, experimenta la soledad más absoluta. En esa separación física y espiritual de los suyos, María, sin embargo, seguía unida a Jesús por un lazo indisoluble. Decía el **P. Kentenich**: *“Podemos estar juntos exteriormente, uno al lado del otro, pero estar muy separados interiormente. Podemos estar exteriormente separados uno del otro, pero interiormente podemos estar con toda el alma en el otro, para el otro y con el otro, con una profunda conciencia de responsabilidad.”*³ Es el lazo que nada puede romper entre la Madre y el Hijo. El lazo que nació el día de **la Anunciación**, fiesta que acabamos de celebrar: *“He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”*. Ese sí de María, pronunciado en el silencio del corazón, es renovado en esta noche oscura del alma. Cobra un nuevo sentido ese amor entregado. María abraza al Hijo sin verlo, ni poder tocarlo. La distancia física no es barrera, sino cercanía. Los discípulos, estando cerca, lo negaron y no pudieron soportar el miedo ante la muerte: *“¡Hombre, no sé de qué hablas!”*. Niegan y se niegan a sí mismos. María afirma a Cristo en su silencio. El mismo silencio de Nazaret una tarde de su vida. El silencio lleno de vida que la hizo madre casi sin darse cuenta, sin comprenderlo del todo. Ahora, en la oscuridad de un calabozo, en la distancia física de los muros que separaban sus miradas, volvía a latir ese amor inmaculado. El corazón de María volvía a sentir que se llenaba del Espíritu, volvía a notar la carne de su Hijo, a quien no podía tocar ahora con sus manos. Madre e Hijo estaban unidos aunque los hombres quisieran separarlos. Así es el amor, es más fuerte que las barreras, más fuerte que los muros e impedimentos que se construyen para apagarlo. El amor de María vence toda tentación de miedo. Se sobrepone al dolor en la noche y acompaña en oración al Señor que sufre. **Es el silencio de María que rompe toda separación física.**

¿No es así el amor verdadero? ¿No es verdad que nuestro amor, el amor que nunca muere, se sobrepone siempre a la distancia física? Y, ¿No es cierto que el amor que no es auténtico ni profundo puede palidecer y enfriarse entre aquellos que están cerca físicamente? Hoy caminamos en la noche junto a Jesús. Puede ser que sintamos su lejanía física, puede ser que queramos tocarlo y no podamos. Hoy caminamos junto a Él en ese eterno viacrucis lleno de dolor. Acompañamos su cruz que cae tantas veces ensangrentada. Notamos el dolor en nuestras entrañas y quisiéramos aliviar tantas lágrimas con nuestra propia entrega. María camina junto a Él. Nosotros caminamos junto a Él. El viernes Santo, a las 3 de la tarde, todo se rompe. Se rompe el silencio ante un grito que anticipa el paraíso: *“Te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso”*. Es el grito de salvación en los labios de un moribundo. Son siete afirmaciones, siete palabras, que resuenan antes de provocar el silencio más terrible de la historia del hombre: El silencio de la muerte de Dios. Es el silencio roto por aquellos que comienzan a creer cuando todo se ha derrumbado: *“¡No hay duda de que este hombre era inocente!”* Las palabras del centurión son el anuncio de la Pascua aún no comenzada. Es el primer grito de esperanza ante la muerte más injusta. Dios ha muerto. Se rompe el velo y tiembla la tierra. El corazón en este día acompaña tanto dolor muriendo. Si Dios ha muerto, *¿Qué nos queda?* Silencio, sólo el silencio. Y la muerte lenta que nos hace recordar nuestro camino. **Sí, la muerte es la estación previa a la vida. Igual que el invierno la antesala de la primavera.**

Abrazamos con María el cuerpo muerto de Cristo. Al besar la cruz y sus clavos besamos nuestra propia vida. Hay cruces en nuestra historia que nunca besamos. Las cargamos sin besarlas y suplicamos a Dios que nos libere de ellas. Lo máximo que hace Dios es

³ J. KENTENICH, *La filialidad en un cambio de época*, 94

enviarnos cirineos que nos ayuden con la carga. Pero hoy, cansados de la vigilia, temerosos y algo tristes, besamos la cruz, sus clavos, su sangre. Besar la cruz es decirle al Señor que amamos nuestra vida, nuestro pecado, nuestra historia flagelada. Las palabras de **Benedicto XVI, en la carta apostólica enviada a los católicos de Irlanda**, con motivo de los abusos con menores por sacerdotes de la Iglesia, son muy claras: *"El sacrificio redentor de Cristo tiene el poder de perdonar incluso el más grave de los pecados y extraer el bien incluso del más terrible de los males. Al mismo tiempo, la justicia de Dios nos llama a dar cuenta de nuestras acciones sin ocultar nada"*. Cargamos con la cruz de nuestro pecado y queremos hoy ofrecernos y sacrificarnos para reparar tantos males que causamos. Como los males que ha causado la Iglesia en Irlanda y en tantos otros lugares. No basta con pedir perdón, es necesario ofrecer la vida: *"Reflexionar sobre las heridas infligidas al cuerpo de Cristo, los remedios necesarios y a veces dolorosos, para vendarlas y curarlas, y la necesidad de la unidad, la caridad y la ayuda mutua en el largo proceso de recuperación y renovación eclesial"*. Hay que sanar las heridas abiertas. Hay muchas llagas que vierten su sangre sobre el mundo y nosotros cargamos con la cruz de Cristo, nosotros besamos esas heridas, las propias y las causadas por nuestro propio pecado y debilidad. No podemos pasar hoy de largo ante tanto sufrimiento, ante tantos Cristos yacentes, ante tantas vidas rotas por el pecado propio y ajeno. **Hoy besamos y amamos y cargamos con ese Cristo muerto que ha dado la vida por amor, que se ha entregado por nosotros.**

Es la paradoja de la vida. El domingo de ramos Jesús camina en un borrico y entra como Rey aclamado en Jerusalén: *"Al acercarse a Betfagé y Betania, junto al monte llamado de los Olivos, mandó a dos discípulos, diciéndoles: "Id a la aldea de enfrente; al entrar, encontraréis un borrico atado, que nadie ha montado todavía. Desatadlo y traedlo. Y si alguien os pregunta: "¿Por qué lo desatáis?", contestadle: "El Señor lo necesita". Ellos fueron y lo encontraron como les había dicho. Mientras desataban el borrico, los dueños les preguntaron: "¿Por qué desatáis el borrico?" Ellos contestaron: "El Señor lo necesita." Se lo llevaron a Jesús, lo aparejaron con sus mantos y le ayudaron a montar"*. Sin embargo, su realeza que parecía de este mundo no es como tantas realezas. **S. Beda comenta:** *"No es rey que viene a exigir tributos, ni a armar ejércitos con el acero, ni a pelear visiblemente contra los enemigos; sino que viene a dirigir las mentes para llevar a los que crean, esperen y amen al Reino de los cielos. Es un signo de su misericordia, no de su poder"*. Su poder es la pobreza y la humildad, es el perdón y la misericordia, es el amor entregado y el sacrificio de la propia vida. Es la paradoja de su realeza en la cruz: *"¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!"* Los que el domingo lo aclamaban como rey, hoy lo condenan como malhechor. Las palabras del salmo escuchadas desde la cruz cobran entonces un nuevo sentido: *"Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?"* Y la experiencia de la humillación nos acercan su amor hecho carne y hecho sangre: *"Al verme, se burlan de mí, hacen visajes, menean la cabeza: «Acudió al Señor, que lo ponga a salvo; que lo libre, si tanto lo quiere.» Me acorralla una jauría de mastines, me cerca una banda de malhechores; me taladran las manos y los pies, puedo contar mis huesos. Se reparten mi ropa, echan a suertes mi túnica. Pero tú, Señor, no te quedes lejos; fuerza mía, ven corriendo a ayudarme. Contaré tu fama a mis hermanos, en medio de la asamblea te alabaré. Fieles del Señor, alabadlo; linaje de Jacob, glorificadlo; temedlo, linaje de Israel"*. Sal 21, 8-9. 17-18a. 19-20. 23-24 . **Cristo sufre y muere porque su amor no es comprendido, porque el corazón humano no es capaz de aceptar tanta misericordia.**

Ante la injusticia de Dios muerto el corazón se rebela. Ya lo decía uno de los discípulos: *"Señor, ¿atacamos con espada?"* Y Pedro no pudo contener su ímpetu. Quisiéramos acabar con toda la injusticia, aunque, con frecuencia, el miedo es más fuerte: *"¡Si tú eres el Mesías, sálvate a ti mismo y sálvanos a nosotros!"* Ante la propia muerte surge la desesperación. Queremos ser salvados, queremos negar la cruz y evitar la muerte. Sin embargo, ¡qué bien nos viene vivir este viernes nuestra propia muerte! Sí, la muerte a nuestros deseos y planes, la muerte a nuestros gustos insaciables, la muerte a nuestro

pecado que nos enturbia y provoca heridas en otros corazones, la muerte a nuestro orgullo que nos envilece y aísla. Es el viernes el día para morir a nuestro egoísmo y amor propio, para experimentar el abandono en la cruz, para tocar la misericordia de Dios salvador. Entonces, como decía el P. Kentenich, tendremos la experiencia de la esperanza: *“El niño sufre una gran decepción cuando se da cuenta de que su padre no lo puede hacer todo. En la frente del niño hay un resplandor lleno de luz y eternidad y esos ojos de niño reflejan mundos de felicidad de la que existía en el paraíso.”*⁴ Ante la cruz, de rodillas queremos aprender a vivir como ese niño. Nos cuesta entender la injusticia y pensamos que Dios no es todopoderoso, que no lo puede todo. Pero lo que más nos rebela es saber que nosotros mismos no lo podemos todo. Abrazamos a Dios muerto y nos sentimos muy débiles. Brota la certeza en el corazón, la certeza que tenía María, **de saber que la victoria es de Dios, que la última palabra nunca la tiene la muerte.**

El sábado es el día del silencio, de la espera y el anhelo. El corazón, frío con la muerte de Dios, espera ansioso la Resurrección. El sentido de la vida es la vida eterna. Su paso de la muerte a la vida da sentido a todo lo que vivimos. En nuestra pobreza recibimos la mayor riqueza del alma. La esperanza siempre tiene la última palabra: *“Las mujeres que habían acompañado a Jesús desde Galilea fueron y vieron el sepulcro, y se fijaron en cómo sepultaban el cuerpo. Cuando volvieron a casa, prepararon perfumes y ungüentos”*. Es tiempo de espera. El sábado aguardamos con el corazón expectante. Nuestra oración es silencio cargado de respuestas aún no pronunciadas. Anhelamos y la medida del deseo es la medida de la gracia. **¿No es cierto que ante la cruz y ante la muerte, el corazón no logra resignarse?** Creer que el silencio de la muerte es la última palabra nos parece impensable. No queremos que la noche no contenga el día en su interior. Abrimos los ojos para ver en la penumbra. Queremos desterrar la oscuridad para descubrir la vida. Avanzamos sostenidos por la tenue esperanza que nos levanta. Así caminamos hacia la Vigilia Santa del sábado por la noche. **En esa madrugada surge la vida para siempre.**

El corazón comienza la procesión en el silencio y oscuridad de esa noche. Sólo el fuego tenue de las velas ilumina el corazón. Hasta que el canto del pregón rompe el silencio y el Gloria anuncia que Cristo vive. Los sudarios caen sobre el suelo y la vida se levanta desde la muerte. En la vigilia brota la vida para que no desfallezca la esperanza. Acompañar al Señor en el domingo de ramos, echando a sus pies nuestra vida como signo de alabanza, es la antesala de todo un camino de vida. No queremos quedarnos en ser cristianos de domingo de ramos, aspiramos a llegar a la Pascua con un corazón encendido y anhelante. La última palabra la tiene la vida. Hoy nos hacemos eco de nuevo de las palabras de la **Carta del Benedicto XVI a los católicos de Irlanda:** *“Mientras os enfrentáis a los retos de este momento, os pido que recordéis la “roca de la que fuisteis tallados” (Isaías 51, 1). Reflexionad sobre la generosa y a menudo heroica contribución ofrecida a la Iglesia y a la humanidad por generaciones de hombres y mujeres irlandeses, y haced que de esa reflexión brote el impulso para un honesto examen de conciencia personal y para un sólido programa de renovación de la Iglesia y el individuo”*. En el espíritu de estas palabras queremos que la Semana Santa sea una ocasión para renovarnos, para hacer penitencia por el pecado, para ofrecer nuestra vida como sacrificio agradable al Padre. La **Madre Teresa**, cada vez que abría una nueva casa de su Comunidad, decía que abría un *“Sagrario”*. Cristo está ausente de los sagrarios durante más de un día y el corazón se conmueve. Sabemos lo que necesitamos esa presencia viva de Dios en nuestra vida. Necesitamos sagrarios, corazones renovados, en los que Cristo vivo se entregue al mundo. **Necesitamos vidas que transformen a los que buscan a Dios sin querer buscarlo; necesitamos hombres capaces de amar y atraer con su entrega más corazones al encuentro profundo con el Señor. Necesitamos esperanza que ilumine esta noche que sufre el hombre.**

⁴ J. KENTENICH, *La filialidad en un cambio de época*, 42